



El trasmisor de mensajes

Túve mi primér contácto con úno de los máximos representántes de ésta honoráble y ahóra desaparecída manéra de establecér comunicaciónes, a úna símples casualidád.

Siéndo muy pequéño, entré en la habitaci3n de mis pádres pára pedírles álgo, mi pádre, de espáldas y sin sabér que éra yo, díjo que éra importánte

recordár a tóda la familia que estában invitádos el juéves a la céna anual y, que por úna vez fuésen puntuáles.

Recuérdo que, a pesár de mi córta edad y viéndo que mi mádre no estába en casa, fuí visitándo a tódos los familiares cercanos. Les explicába los deséos de mi pádre, los grandes preparativos que en casa había visto, y sobre tódo, la importancia de la puntualidad. Al más lejano, le pedí por favor, que informáse a otro familiar que vivía demasiado lejos pára hacerlo yo personalmente. A cada uno le rogué, que un día ántes, recordásen a tódos los demás la gran céna.

Ése juéves tódo el mundo se presentó tan temprano, que mis pádres se enteráron entónces, ¿quién había sido?, el que lo había organizado tódo y con tan buen resultado. El orgúllo de mis pádres, y los cumplidos de mis familiares llenáron la veláda.

* * *

Tántas véces, repitiéron la historia a amigos y clientes, que mi capacidad pára hacer ésa labor llegó a oídos de un famoso trasmisor de mensajes.

Al trasmisór, conocido de la familia, le fué fácil conseguir que algúnos días yo le acompañáse.

Mi pádre lo aceptó porque debía tener más relación con él, de la que a símples vísta parecía. Tal vez algún secreto, o que creía que, con él, aprendería el arte de la vida.

* * *

Núnca pensé, que el primér mensáje que llevámos júnτος, fuése tan diferente a lo esperádo y que marcó mi vida pára siémpre.

Fuímos a úna casa de aspécto humílde; un hombre impedído, con dificultádes pára hablár, nos recibió sentádo en un sofá; le entregó un papél escrito, balbuceó algo que no púde entender y abandonámos la viviénda.

Sin guardár el papél, que él, de cuando en cuando releía, nos acercámos a la Casa de la Caridád, preguntó por úna habitación. Al entrár, indicó que me quedáse en la puérta.

Acercó úna sílla al ládo de la cáma de un anciano postrádo, púso su máno sóbre la de él, se acercó a su oído y comenzó a susurrár.

Deslizándose, la ótra máno salió de éntre las sábanas, cubrió la del mensajéro y se púso a llorár.

Leí el mensáje que había depositádo sóbre la cáma, «Díle que le quiéro, le necesíto, y daría mi vída por poderlo abrazár»

Esperé un buén ráto, y como no púde evitár llorár, me fuí.

* * *

Así, con múchas salídas escalonádas en el tiémpo, duránte mi infáncia y juventúd, y hásta cuando trabajába en la tiénda de mis pádres, de él aprendí la filosofía de su ofício, sus réglas básicas, que en realidad éran pócas, áunque, los sistémas pára conseguir un buén resultádo éran miles y muy sutíles, y que yo, póco a póco fuí asimilándo.

—Éste ofício, —me comentó con tóno ceremonióso al principio de conocérnos—, consíste en recibír un mensáje y pasárlo tal cual lo has recibído. O séa, que lo que quiere decír el remiténte, séa entendído así, por el que lo recibe. Sin que tú trátes de interpretár o mejorár náda de lo que deséa decír el que lo envía. Ni presentár el mensáje filtrádo por ti, pára así hacér más fácil su aceptación.

—¡Repitiéndolo con exactitud las palabras, comenté como algo muy lógico!

Me arrepentí al instante de haberlo dicho, estaba claro que no era así.

—Sobre todo, nunca o casi nunca con las mismas palabras.

Quien explica lo que quiere, usa expresiones, gestos y complicidad de acuerdo a su nivel cultural. En ocasiones puede tardar horas en hacer entender el mensaje, otras, con un minuto basta. No te será fácil transmitir con exactitud lo deseado con las mismas palabras, tiempos y gestos a otra persona, a veces de diferente sexo, edad y conocimientos.

—Pues entonces, ¿cómo se hace?

—Recordarás que tu padre dió un mensaje a llevar usando ciertas palabras. Tú, comunicaste con precisión, el sentido de lo que él quería a muchas personas. Aun así, estoy seguro que en cada caso usaste frases y tonos diferentes. Hasta recurriste a otro familiar para que así lo hiciera por ti. Lo lograste de otra manera a como lo dijo tu padre,

péro la eséncia del mensáje y su sentido fuéron pasádos con exactitúd.

* * *

Recuérdo su rectitúd, su caríño en escuchár a véces sin ser necesárido, tódos los detálles del mensáje. Désde su orígen, hásta sus motivos y razones. A véces, pára mi desespéro, pedía las características, según el remiténte, de la personalidad del receptór.

Úna vez lloró al oír el mensáje que debía llevár.

Núnca tomó úna nóta, ni súde lo que cobraba. Siémpre le dában algo en un sóbre o en un papél envuélto. Por la apariéncia de éstos envoltórios, debía ser póco, y juzgádo por la economía de las persónas visitádas, dúdo que de éso pudiése vivir.

Podría decír que éra un filósofo de la condición humana, y de ésta filosofía se alimentaba.

* * *

A pesar de lo flexible que éra, había cosas que núnca hacía. Al llevár un mensáje núnca aceptaba una respuésta inmediáta, la cual, según él, sería precipitáda. Si había respuésta, decía: «pasaré a recogerla a partír de mañana, cuando usted háya

tenído tiémpo de medítarla. Con ésta entréga y su respuésta, la labór en relación a éste mensáje daré por acabáda».

Núnca aceptába propínas ni cobrába náda de los que recibían el mensáje. Algúna vez, álguien al recibír úno, intentó dárle álgo, péro él lo rechazó, debía ser costúmbre antigua hacérlo así.

Un día me díjo: —el que píde que lléve un mensáje, lo háce sabiéndo que solícíta un servício, y pága por él—. En cámbio, no quiéro que el receptór no lo acépte, por si tuviése que pagár, o que, en ése moménto no tuviése dinéro o lo consideráse úna imposición, y por éllo, tuviése úna mála acogída, y al cobrár un moménto desagradáble.

Al contráριο, las visítas, en bróma, las dividía en dos: las que le invitában a úna bebída, (adorába el chocoláte) y las que no.

Úna vez, pára gran vergüénza mía, lo pidió él mismo. Al salír, se disculpó conmígo por la fálta de tácto. Añadiéndo socarrónamente que lo hacía pára así, amistósamente cerrár mejór la «operación». La gramática párdá la sabía tóda.

Atravesár el río Ébro en inviérno le molestába, y ésas visítas las acortába.



Tortósa y el Río Ébro

En cámbio, cuando el mensáje éra complicádo y hacía buén tiémpo, quedába en algún sítio agradáble pára désde allí, paseándo, escuchár o entregár el mensáje.

Le encantaba llegar con tiempo y llamar a la puerta, justo al sonar las campanas de la iglesia. Así relacionar la visita, a su exactitud y profesionalidad.

* * *

El mensajero no tenía amigos y al parecer no aceptaba invitaciones (salvo el chocolate). No sé si también, como la costumbre del sobre de pago, todo era parte de un acuerdo o tal vez para mantener la neutralidad.

Por la calle, era como si no le conociesen, rara vez recibía un saludo. Por la cantidad de secretos que el mensajero sabía, se podía intuir que la gente le temiese, pero no era así. Aunque, le mostraban una gran indiferencia... casi, casi como si no existiese, como si fuese invisible.

—No me atrevo a expresarlo —decía— soy como un buzón, sólo lo ves cuando lo necesitas.

* * *

Siempre entenderé que una persona que no sepa leer o escribir o de baja cultura, pidiere sus servicios. O que, por la diferencia de conocimientos o economía entre remitente y receptor fuese más fácil que necesitase un intermediario. Sin embargo, era para mí difícil entender cómo, personas de

cultúra, habituádas a tratár con génte utilizában sus servicios. Péro lo hacían.

En ótros casos (ésto es únicamente úna apreciación mía) los que pedían el servicio, quedában descargádos y liberádos de un gran péso, con sólo enviár el mensáje. Como si con éllo ya hubiésen cumplído el propósito deseádo, con independéncia de la aceptación o no por páрте del receptor. Álgo así como un: «Que sépas que ya te lo he dícho, ahóra es asunto túyo».

* * *

Las visítas con las que él más disfrutába, éran aquéllas donde la diferéncia de cultúra o recúrsos económicos éra abismál y requerían su máxima atención.

Algúnas véces, el que solicitába llevár un mensáje o úna respuésta, le pedía su conséjo personal, sóbre cómo enviárllo pára que su receptor lo entendiése corréctamente. El mensajéro siémpre decía que llevaría el recádo, si bién, no éra su trabájo influír ni en el remiténte ni en el receptor, sóbre la fórma o contenido de lo enviádo o de lo recibído.

En casos muy contados, cuando en alguna de las dos partes su capacidad era reducida y el mensaje tenía relevancia o, la forma en que lo planteaban no reflejaba la realidad, entonces él, indagaba más sobre el contenido, los motivos, o lo que se deseaba obtener, para así encausar mejor el mensaje y pasar lo deseado. Me maravillaba ver cómo lograba sacar así la verdadera esencia de lo que se deseaba transmitir. Y, cómo, sin ser un árbitro o juez ayudaba a arreglar el problema.

A mí, lo que más me gustaba eran los comunicados sin remitente. Aquellos donde el destinatario recibía el mensaje, pero no debía saber la procedencia. Además, no se esperaba respuesta, o al menos él nunca la aceptó. El propósito de estos encargos era para que el destinatario se enterara de algo, por ejemplo, que su mujer o marido se la jugaba con alguien.

Éstos mensajes le parecían una cobardía, y a él no le gustaban, ahora bien... decía, no siempre puedes seleccionarlos, no es nuestra labor juzgar, sino transmitir.

En estos casos, siempre avisaba que el mensaje no tenía remitente, permitiéndolo así antes de entregarlo, que lo pudiesen rechazar. La mayoría

así lo hacía. Como de éstos mensájes no volvía a informárle al que lo enviába, éste núnca sabía con seguridad si el destinatáριο se había enterádo. Jústo finál a tánta cobardía.

* * *

Un sacerdoté, rogándonos la máxima discreción, nos pidió llevár ún mensáje a úna jóven. Élla éra conocída por tódos, por su belléza y múcha liberalidád.

—Dígale: que se ha cometido un gráve pecádo, el cual hay que confesár.

Quedámos sorprendídos del misterióso encárgo. A pesár de la insisténcia del mensajéro, no pudímos obtenér más detálles.

Entregámos el mensáje a la sorprendída jóven, quien nos pidió que volviésemos al día siguiénte cuando hubiése tenído tiémpo de reflexionár.

La desconcertáda jóven del día anteriór nos recibió en la puérta y en la puérta con úna gran sonrísá nos despidió.

—Decídle, que el pecádo que cometímos, él, no lo debería confesár, de tódas manéras, le perdóno, y

como penitencia le doy, que, al menos conmigo no vuelva a pecar.

Nos alejamos, al doblar la esquina no pudimos aguantar más, nos apoyamos el uno al otro para no caer de risa. Lo que el padre quería, no era confesar, sino otra oportunidad para pecar.

Sólo en pensar en la cara que pondría Monseñor al recibir la respuesta, no nos dejaba ni respirar.

* * *

Como ese día, era importante para mí, porque había recibido el primer sueldo por trabajar todo el día en la tienda de mis padres, invité al mensajero al bar de la estación del tren.

Al ver que encargaba para él, un chocolate muy especial, y además con churros, preguntó sonriendo:

—¿Acaso quieres que te lleve un mensaje?



Chúrros

Me sonrojé, estaba leyendo mi mente, pero no, en este caso no era eso. Era mi simple manera de darle las gracias por su amistad.

De todas maneras pensé, que yo mismo podría usar sus servicios. ¿Cuántas veces dejé de decir algo a alguien?, o eso que dije, no se interpretó bien o sentí mucho haberlo dicho y no deshice el equívoco.

Cuántas amistades perdidas o abandonadas, por simple pereza de reiniciar la relación, o por cobardía en pedir disculpas o perdón. Con lo fácil que sería si alguien con discreción lo hiciese por

mí. Que ésa persóna comenzáse de nuévo la relación, que encauzáse o supiése algo en común o ayudáse a entablár ótra vez, ésa pérdida amistád.

¡En fin, qué cantidad de momentos agradables pasámos júntos, cuánto aprendí con él!

* * *

Gran páрте del éxito de los mensájes entregádos de ésta fórma, éra que, al habér úna explicación prévia al mensajéro, la solicitud o el motivo del mensáje se moderába, precisába y clarificába por páрте del remiténte. Y el que lo recibía, después de pensáerlo, tendía a otorgár un póco más de lo que en ótra situación hubiése aceptádo. Además, al existir un testígo neutrál, dába úna ciérta legalidad.

Comprobé ésto úna vez. El que nos había llamádo pára enviár un mensáje, al tratár y no podérnoslo explicár, comprendió que no éra apropiádo y poniéndose colorádo, nos pidió discúlpas por la pérdida de nuéstro tiémpo. Así, el asunto había quedádo resuélto ántes de comenzár.

En ótros cásos, el que recibía el ménsaje y accedía (a regañadiéntes) a algo que pedía el que lo enviába, pára salvár la cára, a véces exclamába:

—¡Y decídle, que lo he hécho por vosótro!

* * *

Aun en la situación de no aceptár la solicitúd, ni dar respuésta, el hécho de ser informádo de ése probléma, ya dába pié a lograr algo positivo. A véces, la dificultád radicába en que el receptor ignorába la cuestión. Sólo con saberlo, y cási sin hablár, el téma podía quedár olvidádo, perdonádo, o al ménos minimizádo.

Reiniciár úna relación abandonáda que se quería reanudár, éra el cámpo ideál pára el mensajéro. Líos de familia o éntre familias, heréncias, éstos éran los terréno perfectos pára su labór.

* * *

Un día, cuándo le recordé mi inicio como símples «ayudánte de mensajéro», dió pié a que él contáse el súyo:

—Fuí cartéro, luégo un mensajéro cási oficiál... y en algún cáso hásta Reál...

Úna mañána —comenzó con gésto confidenciál—, úna amíga me comentó lo mal que lo estába pasádo al haber recibído úna cárta, la cual no

podía entender, por su escritura difícil y mensaje poco claro, si bien era de una treménda importancia.

Ella mencionó que, si se lo hubiesen dicho de palabra, explicando en persona el problema, seguro que habría quedado mucho más claro y hasta solucionado. Como esa carta necesitaba respuesta... se me abrieron los ojos y, ante mí propio asombro, acepté llevar la respuesta, no como cartero, sino de viva voz.

Esta amiga, y a quien le envió el mensaje quedaron muy contentos y liberados del problema. Por ello, lo fueron contando a todas sus amistades. Unos, porque necesitaban un servicio así, otros por la novedad y los demás, simplemente por ver el resultado o quizás por curiosidad. Lo cierto fue que me lloviaron los encargos.

Dejé mi trabajo oficial, y me dediqué de lleno a este oficio del cual vivo, disfruto y me llena la vida tanto de la riqueza, como de la miseria humana.

Conservo tantos tesoros secretos dentro de mí que considero que soy el hombre más rico de la Tierra. Pero, al escuchar también tanta maldad, me impide disfrutar plenamente de ellos.

* * *

Un mensáje no muy habituál que llevámos me dejó un amárgo sabór. Un juéz, le pidió dárselo a un préso, a quien con duréza y honestidád había sentenciádo como culpáble a la péna de muérte, a pesár de que el condenádo declarába su inocéncia.

—Deséo que le preguntéis, nos pidió el juéz, désde éste cláro anonimáto, y sin valór legál ¿si es en verdád inocénte?

El préso nos pidió que volviésemos en únos días pára llevár la respuésta.

Al volvér, nos dió un líbro pára que se lo llevásemos. Y no nos díjo ni pidió náda más.

El autór éra el juéz, que se lo dedicába con palábras que mostrában úna viéja y profúnda amistád.

Entendímos el sentimiénto del Magistrádo, al habér sentenciádo a un viéjo y gran amígo, a la mayor condéna.

* * *

El reconocimíento «oficial» de su trabájo lo recibió sin esperáerlo, cuando úna mujer le pidió llevár un mensáje al Rey, quien en únos días pasaría por la región. Su priméra reacción fué la de no aceptár entregár el mensáje, por la dificultád de acercárse a él.

El éxito del encárgo pedído por ésta mujer, «mádre de un soldádo muérto hacía póco en combáte» y del mismo nómbre que el Rey, no lo fué, por habér lográdo entregárlo en persóna y de víva voz. Ni por habér solicitádo el própio Rey, dárle a la mujer la respuésta persónalmente, y, ni siquiera, según algúnos preséntes, pórque el Rey, había llorádo al abrazár a ésa mádre.

El impácto creádo en la región fué, por ráro que parézca: que, núnca se súpo cuál fué el mensáje enviádo por la mádre, ni la respuésta del Rey: y ésto, a pesar del inménso interés que ésta correspondéncia había creádo y el caríño que ésa mujer había generádo en tóda la región. El secréto quedó bién guardádo.

* * *

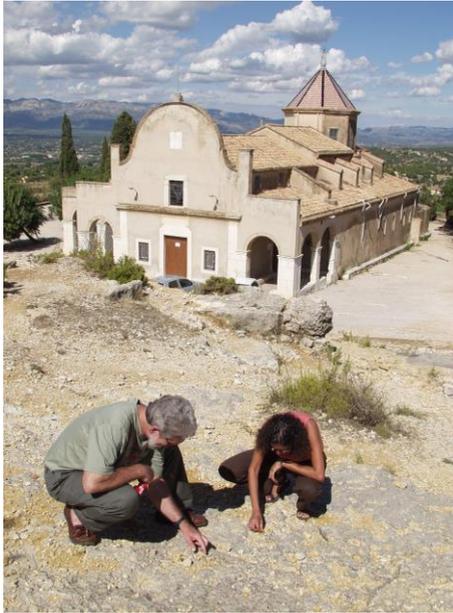
El mensajéro murió. Yo, su humílde ayudánte, continuába trabajádo en la tiénda de mis pádres, (lo de llamárlo mensajéro es cósa mía), a él, ése

nómbre no le gustába, prefería el de... trasmisór de mensájes, lo de emisáριο, le parecía pompóso, y lo de ser un corréo tampóco, ya que éra como si él, no aportáse náda.

Como única persóna relacionáda que se le conocía, la policía me rogó que los acompañáse a su cása. Úna múda, média docéna de líbros, jabón y ótros utensílios, constituían tódas sus pertenéncias. Sóbre su mesíta de nóche, úna cajíta conteniéndo únos fósiles en fórma de estréllas, abundántes en la región y que se búscan en el puéblo cérca de úna ermíta, especiálmente en Semána Sánta. Híce un gésto al policíia, pidiéndo si podía quedárme con úna de éllas.



La estrellíta de Tortósa



Cantéra donde se encuéntran las estrellítas. Al fóndo la ermita

Al salir, un policía comentó, que el mensajero poseía tan poco, que podría haberse llevado a la tumba todas sus pertenencias. En cambio pensé yo, lo que él, en experiencias me ha dejado, había llenado mi vida.

* * *

Su salud siempre fue frágil y nunca me habló de heredar su oficio, en cambio, por el cariño y dedicación que ponía al enseñármelo parecía que sí. Alguna vez me pregunté, ¿por qué quería que le

acompañáse, si no éra pára pasárme su trabájo?
¿Soledád, deséos de compañía o álguien con
quien conversár?

* * *

Buéno, sólo habló de muérte cuando hízo un
comentáριο sóbre la génte que le informába de un
fallecimíento. Si me avísan, me siénto obligádo a
asistir a los entiérros, y no me gústan. Lo curioso
es que la génte que me avisa de las malas noticias,
núncia lo háce de las buenas, y éellos sáben que no
llévo mensájes de muérte. ¿A qué se débe que los
amígos... y no los própios familiáres, téngan tánto
interés en informárnos de úna?

* * *

Núncia pregunté a nádie sóbre el mensajéro. Ni
tampóco pedí que me contásen anécdotas sóbre él.
Me parecía que le traicionába. Quería que fuése él,
el que me informáse de su vída. Éso sí, ¡cómo
deseába saber más! Éste gotéo de las histórias de
su ofício éra úno de los mayóres placéres de mi
vída, que él, con gran habilidád me dosificába. Si
álguien, sabiéndo nuéstra amistad, contába algo,
no se lo impedía... ¡en absoluto!, péro tampóco
animába ésa chárta.

Con qué ánsia, aguardába los días que debía acompañárle. Lo que sufría esperándolo y la de véces que mirába por la ventána de la tiénda pára ver si llegába. Lo que me sonrojába, cuando veía la sonrisa que ocultában mis familiáres.

* * *

Vários días después de su muerte, un cliénte tras ser atendído por mi pádre se acercó y solicitó:

—Mañana me gustaría vérle; desearía que lleváse un mensáje.

Diós... Diós, cuántas véces había soñado con ése momento. Con recibír el honor de un encárgo, la de véces que me había visto entregádo un mensáje, que en mis sueños había preparádo, repasádo y ensayádo. ¿Qué palábras usaría? Qué tóno emplearía. Qué cláro estába, que siémpre había deseádo seguir su camíno, sin embárgo núnca me había atrevído a decír, lo que tan evidénte éra, que quería ser como él y seguir sus pásos.

Túve que apoyárme sóbre el mostradór, estába tembládo de emoción. Le díje que por la mañana me íba bién, que disponía de un ráto. ¡Ay! A las tres de la madrugáda hubiése ído y en rópa interiór, si así me lo hubiése pedído.

No me atreví a mirár a mi pádre, que lo había escuchádo tódo. Péro, cuánto le agradecí, cuando más tárde, le díjo a mi mádre, que al día siguíente viniése un ráto a la tiénda, puéstó que yo estaría ausénte. ¡Qué gran hómbré fué mi pádre!

Sólo úna vez me hizo un repróche al respécto de mi afición. Ocurrió al perdér yo un cliénte, por no estár presénte en la tiénda. Díje que lo sentía, que hacía hórás éxtras tódos los días pára compensár, péro que no podría vivír sin la satisfacció, gratificació y humanidád de mis salídas. Se levantó de la mésa me abrazó y besó. —Lo siénte híjo, he tenído un mal día, y lo has pagádo tú.

* * *

—Soy un hómbré muy ríco, —indicó, miéntas comenzábamos el paséo—, téngo pócós amígos y múcho trabájo. Y ha llegádo ése tiémpo en mi vída, en el que deséo compañía.

He pensádo con quién desearía unírme. Sé que, a mi edád, nádie se casará conmígo por amór, deséo o símples atracció.

No téngo ningún repáro en entendérlo así. Por éllo, quiéro ofrecérle a ésa mújer (sin engáños) úna

propuesta, eso sí, menos romántica, en términos de seguridad, cariño, prestigio y dinero lo suficientemente interesante como para que ella considere aceptarla. Por su elegancia, inteligencia y bondad probada, se merecería mucho más que yo, sin embargo, quisiera intentarlo si usted me ayuda.

—Le escucho.

—Soy rico repitió, feo y poco atractivo en lo físico como hombre, si bien honrado y fiel en todo lo que me comprometo.

Mi vida ha transcurrido, —continuó—, mientras bebíamos un chocolate, solucionando problemas que me proporcionaban mucho dinero, sólo para crearme otros que me hacen todavía más rico. No tengo familia y todo sería de ella.

Estábamos de regreso en su casa, cuando puso encima de la mesa el sobre.

En el instante en que lo estaba recogiendo y a punto de marchar, de un cajón de madera sacó una bolsa de piel y la depositó sobre la mesa. Por el ruido metálico que hizo y lo plana que quedó, supuse que sería de gran valor y peso.

—Tómela —díjo.

—Con lo que me ha dado, tengo todo lo necesario.

—El sobre es por el mensaje, la bolsa es, porque en verdad quiero casarme.

Me miró con tal súplica... me cogió de las manos mientras las cerraba alrededor de la bolsa, que no supe qué decir. ¡Quiero casarme, repitió!

Nunca nos había pasado nada igual con el maestro. Estaba pagando por un mensaje, sin embargo, esta bolsa no sabía para qué era, ¿qué servicio se esperaba por ella?

¿Por qué cogí el dinero?, ¿de qué me arrepiento, si él, sin pedírselo lo daba?, no había trampa... pero, ¿por qué lo cogí?

El mensaje no lo llevé al día siguiente ni al otro. No estaba listo. Qué difícil fue prepararme para llevar mi primer mensaje.

* * *

Me presenté en casa de la destinataria, comencé con un simple y claro...

—Un amigo súyo le envía un mensáje.

Me hizo pasár a la sála en dónde sóbre la mésa se encontrába un líbro abiérto. Debía habér terminado de tomár café, ya que había úna táza vacía, y no me ofreció úno.

Los priméros instántes de la entréga de un mensáje «usted léctor lo débe suponér» son los más difíciles. Es cuando se ve, si hay que comenzár por las rámas o ir dirécto al gráno y sóbre tódo, intuír de qué manéra está dispuésta la persóna a recibírlo de un trasmisór de mensájes.

—Pues usted dirá.

—Quien me envía la conóce y aprécia. Me ha pedído a cáusa de su timidéz, que se lo díga yo en persóna y no mediante úna cárta.

Élla tomó la táza e hizo el gésto de bebér cómo si algo de café quedáse.

Él sábe que usted conóce su interés. Por la miráda que élla mostrába, quedába evidénte que conocía la identidad de ésa persóna y tal como sospeché, el moménto de la indiferéncia llegaría, puésto que no

podía comprendér cómo úna situación así se pudiese resolvér.

El desinterés llegó, no al dárle la identidad del remitente, ni al planteárle la proposición de matrimónio, síno por el énfasis en el dinero. Ésta indiferencia quedó bién reflejada en la posición que élla había tomado en su sílla, en lo bién marcado que lo tenía en sus ójos y en el sentimiento de fracáso tan palpáble que yo tenía en mi mente.

Nos dímos un tiempo pára pensár. Élla, como pára preparárme y suavizár la respuésta negativa que pronto vendría me explicó algo de su vida.

—Soy póbre —exclamó— y lo peór, venída a ménos. Todavía consérvo los recuerdos de lo que túve y que perdí. A pesar de éllo, el dinero, que sí lo necesito, es ménos importante que el cariño y los buénos sentimientos.

Quien le envía a usted, cúmples con tódos los requisitos que mi condición pueda exigir, yo no puedo esperar más, ni él, por dignidad puede pedir ménos, la oferta es única, pero...

—Pero... —interrumpí ánte la palabra fatal—, ustedes dos tienen un interés común; cuando le

dejé estába hojeándo un libro de maripósas, lo mismo que usted. Levantó los ojos, me miró con simpatía, abanicó su cara y volvió a mirárme, casi, casi con admiración.

—¿Quiére usted tomár un café? —Me ofreció sonriendo.

Cuando concluí la visita, mi mundo se había hundido. No había ningún libro en casa del que me enviába. Las reglas del mensajero no se habían respetádo, había mentído. Podía cambiár las palabras, el tiempo, el énfasis pero no el mensáje... ni la verdad. ¿Cómo es posible, que ya en mi primér encárgo, hubiése caído tan bájo?

—Reflexioné «qué falso eres mensajero» ¿por qué motivo lo híce, por qué mentí? ¿Lo híce por dinero?, ¿por conseguir un éxito en el primér mensáje?, tal vez. Séa lo que séa, había cambiádo las reglas, acepté el dinero por algo más de lo que éra hacér el trabájo, lo había hécho en mi beneficio: mentír, algo que no había planeádo, ni deseádo hacér. Sin embárgo, había traicionádo al oficio, al maéstro y a mí mismo.

¿Diós mío, ¿qué había hécho?, por qué había aceptádo el dinero? Ésa bolsa me había obligádo a

hacér algo más que sólo cumplír con el debér de entregár un mensáje.

* * *

Me sentí un fracasádo, sabía que núnca llegaría a la altúra del mensajéro. Así, híce algúnos trabájos más (náda importántes), cuándo no podía evitárlu o ya estában apalabrádos, o tal vez, esperándo que algúno de éllus fuése la redención a mi «pecádo», si bién ésta, núnca llegó.

El día en que recibí la invitación a su bóda, me acerqué a la ventána de la tiénda, retiré el letréro de «**Se llévan mensájes**», lo tiré a la basúra, mi pádre me miró, y se fué a atendér a un cliénte en ótra páрте.

Fuí a buscár el sóbre, y con la bólsa del dinéro, désde el puénte los tiré al río.

* * *

Han pasádo años, mis pádres han muérto.

Al atardecér, cuando no hay cliéntes, me acérco a la ventána esperándo ver al maéstro. Mi refléjo oscúro en el vídrío, parece que es él, quien con su tráje négro, viéjo y brillánte de tántas véces lavárlu, me viéne a recogér.

Siémpre prométo decírle lo que núnca le díje, que le quiéro, admíro y añóro, péro no sé con quién enviárle un mensáje tan símples como éste.

FIN

* * *

La idéa surgió al ver la película «La jóven de la pérla» en Lóndres. A partír de ése mométo dejé de disfrutár de la proyección y luégo de la compañía de los amígos en el restauránte. Créo que deberé disculpárme la próxima vez que nos veámos.

Al día siguiénte, el trayécto en tren désde Lóndres a Stónehenge, ayudádo por el encáento del viáje, dió tiémpo a escribír la estructúra total de éste cuéento.

Cuando se me ocurrió ésta história, al início éra diferénte, o sea el cambiár el sentido del mensáje pára obtenér el resultádo deseádo. Éso ahóra, será ótra história.

Es curióso, cómo los cuéntos van o te llévan por camínos impredecíbles, donde tú ni querías, ni pensábas ir. Al finál los cuéntos no son túyos, sólo

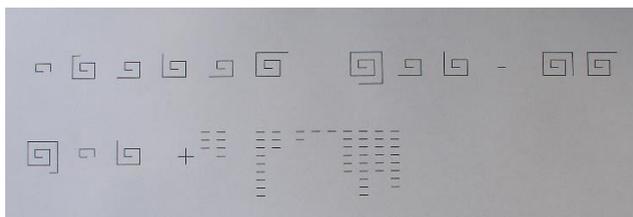
los inicias, luégo sólo sígues describiéndo lo que hácen los personájes y situaciones que has creádo. Ótras véces, son las palábras usádas, las que al no encajár bién, nos hácen cambiár la dirección de la história.

Como no recuerdo de, ¿qué fué lo que hizo en la película que me inspiráse el cuénto?, la volví a ver dos véces más y sígo sin encontrarlo, ¡sorprendénte!

Escríto tódo, duránte el trayécto de ída y vuéltá en tren de Lóndres a Stónehenge 2004-02-08

* * *

Como tódos mis cuéntos, úna vez acabádos de escribír, los póngo en úna botélla de cáva con mi nómbre y teléfono encriptádos, úsando símboles de jeroglíficos y los tíro a un mar, lágo, río, volcán o cascáda, o los entiérro en úna pláya, desiérto o montáña.



Éste cuénto está enterrádo en úna botélla, en el desiérto de Marruécós cérca de Merzoúga el 08/12/2007, por Rosér Péira y Pep Brósa.



Láti 31°04'04.80"N

Long 3°58'20.07"O

Por Emílio Vilaró

Éste documénto está disponíble en formáto .PDF, .ePUB y .MOBI en nuéstra página Web:

Mi blog literáριο

<https://cosasdeemilio.wordpress.com>

Más de ciénto cincuenta cuéntos, relátos, ensáyos, recétas y novélas en:

www.evilfoto.eu

Comentários a:

buzon@evilfoto.eu



<https://www.facebook.com/emilio.vilarolucia>

Nóta del Autor:

—Ésta obra está tildáda, o sea: las palabras llévan la tílde (´), en el sitio donde está el acénto.

Después de miles de lectúras de obras así escritas y leídas, podemos asegurár, que su lectúra es la normál. Al leér así, no hay ninguna diferéncia de pronunciación a la habitúal.

Si deséa sabér los motivos, ¿cómo se puéde tildár de fóрма automática? Qué ventájas e inconveniéntes tiéne éste tildádo, puéde leér éste documénto:

http://www.evilfoto.eu/pagina_cuentos/cuentos_21.htm

Modificaciones 1035w:

2011-08-10, 2011-08-21, 2011-12-26,
2012-07-30, 2013-05-15, 2013-07-07,
2014-01-07, 2014-01-21, 2014-05-14,
2014-06-24, 2014-08-18, 2014-10-03,
2014-10-15, 2015-01-23, 2015-03-25,
2016-04-30, 2016-06-04, 2016-09-08,

**2017-05-17, 2017-06-27, 2018-01-01,
2018-01-02, 2018-11-05, 2018-11-06,
2018-11-07, 2019-05-25, 2019-11-20,
2019-12-15, 2021-02-23, 2021-02-24,
2021-02-25, 2023-10-30.**